

De cuando  
la pandemia  
intensificó  
la brecha  
de género  
y la invisibilidad  
del cuidado

# De cuando la pandemia intensificó la brecha de género y la invisibilidad del cuidado

---

**Nahia Idoiaga Mondragon.**

Profesora del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación.  
Facultad de Educación de Bilbao, UPV/EHU.

Hace poco leí en un artículo que, en épocas de confinamiento, la proporción de primeros artículos de autoría femenina ha disminuido a nivel académico. En concreto, el análisis de la revista 60.000 dejó en evidencia que en mayo disminuyó en 7 puntos la proporción de mujeres en relación con la de los hombres, mientras que en los últimos cuatro años la proporción de publicaciones femeninas había aumentado de forma continuada (Frederickson, 2020). Esto es, proporcionalmente, los hombres han podido continuar en sus tareas investigadoras con mayor normalidad que las mujeres. A mi entender, queda claro que la razón (o una de las razones principales) de ello es que, en tiempos de confinamiento, hemos sido las mujeres las que hemos tenido que soportar la carga del cuidado (de menores, mayores, personas dependientes, etc.).

Ante la sospecha de que en la repartición de las labores de cuidado la brecha era aún grande, preguntamos a unas 1.000 familias de Euskal Herria cómo habían gestionado el cuidado de los y las hijos/as durante el confinamiento de marzo y abril. Pretendíamos analizar la forma en que la carga de los cuidados de los y las niños/as influía en mujeres y hombres. A pesar de que participaron familias muy diversas, nuestro objetivo era analizar si esa labor de cuidados recaía en las mujeres (madre, madres, tutoras, etc.) o en los hombres (padre, padres, tutores, etc.). Los resultados fueron significativos: el 40,1 % de los y las participantes manifestó que solo la madre (o las madres) se ocupaba del cuidado de los y las niños/as de la casa, mientras que solamente un 4,7 % respondió que solo el padre (o los padres) se ocupaba. Asimismo, a la pregunta de si alguien había cambiado su situación laboral durante

el confinamiento (reducción de jornada, teletrabajo, excedencia, etc.), en el 32,1 % de los hogares solamente las mujeres solicitaron un cambio de situación laboral, mientras que en el caso de los hombres fue el 11,3 %.

Sin embargo, es cierto que muchas de nosotras continuamos trabajando, y que la totalidad de los y las profesores/as de todos los niveles hemos sentido que hemos trabajado más que nunca, sin horarios, sin distinguir entre días laborales y festivos, y, sobre todo, sin tener muy claro si estábamos llegando correctamente a aquellas personas que teníamos al otro lado de la pantalla, para poder garantizar una educación de calidad. Nos dijeron que era fundamental seguir transmitiendo contenidos, enviando trabajos, ofreciendo las clases online... Pero nuestro sistema educativo se bloqueó, puesto que no teníamos los recursos necesarios para cuidar a nuestros y nuestras alumnos/as. Durante aquellos largos meses del comienzo de la pandemia, los agentes educativos no acertamos a poner en el centro las vidas de aquellas personas más vulnerables, para garantizar una educación de calidad. Gran número de estudiantes que vivían situaciones de violencia y exclusión quedaron sin nuestra protección, y otros muchos se sintieron desbordados por la pandemia, sumidos en una desprotección anímica.

Pero esas contradicciones, esos problemas relacionados con los cuidados no los vivimos solo en el ámbito profesional; también en las casas fue un problema patente. ¿Dónde quedaban los cuidados de las personas de casa en ese continuo deber de trabajar al 100 % (o, en ocasiones, al 200 %)? ¿Cómo compaginar el trabajo, los cuidados y, en muchos casos, el deber de convertirnos en educadores/as de los y las de casa? No creo que haya sido la única que haya participado en reuniones virtuales mientras daba pecho, la única que haya apagado o enfocado la cámara a la cara para dar clase mientras tenía a la criatura en brazos; tampoco creo que haya sido la única que ha tenido a su hija al lado haciendo los deberes, mientras trabajaba virtualmente; ni la única que ha optado por encenderles la tele a los y las niños/as para poder hacer el teletrabajo de marras.

Y, claro, soy consciente de que estoy hablando como persona privilegiada, desde los privilegios de una mujer nacional y blanca que tiene garantizados un trabajo y sueldo dignos. Sin duda hay, entre nuestros y nuestras vecinos/as, personas que se han visto obligadas a elegir entre el cuidado y la comida. Hace poco, una amiga pediatra me contaba que una madre le había rogado que no confinara a su hijo, porque la echarían del trabajo si no se presentaba, y su supervivencia dependía de los ingresos que le proporcionaba ese trabajo. Es decir, nos han pedido que cuidemos,

como si los cuidados pudieran proporcionarse de forma automática o apretando un botón. Pero ni el cuidado ni la educación se dan por sí solas, a pesar de que hayan sido invisibilizadas durante mucho tiempo. Los cuidados y la educación necesitan de tiempo, espacios y compromisos.

Durante estos meses he recordado muy a menudo la lectura que Euskal Herriko Bilgune Feminista hizo al hilo de las protestas del 8 de marzo de 2020. En aquellos días previos a la pandemia, que se nos antojan tan lejanos, reivindicaban lo siguiente: «Aquí también nos hablarán de feminismo, a pesar de que los gobiernos no atiendan al movimiento feminista ni tengan en cuenta la responsabilidad política de los cuidados. Mientras que no se tomen compromisos concretos e integrales, mientras que no se financien y establezcan criterios no serán más que palabras vacías. Porque no atienden a la raíz. ¿Qué hay, pues, en la raíz? En la raíz, estamos las mujeres\* que destinamos 20 horas más a los cuidados y cobramos, de media, un 30 % menos, las que somos más pobres en tiempo. En la raíz, está la brecha salarial, y están los trabajos invisibilizados» ([http://bilgunefeminista.eus/eu/Berriak/20200308/Errotik\\_dena\\_aldatzeko\\_ari\\_gara](http://bilgunefeminista.eus/eu/Berriak/20200308/Errotik_dena_aldatzeko_ari_gara)).

Y así ha sido: nos han hablado de los cuidados, nos han pedido que cuidemos unas de las otras, que nos cuidemos, que cuidemos a los/las más pequeños/as, que cuidemos a las personas mayores... pero ¿dónde estaban las políticas en favor de los cuidados? Al cuidado nunca se le ha reconocido la importancia que le corresponde, y ha quedado más claro que nunca en estos tiempos de pandemia. No hemos tenido espacio para los cuidados, no ha habido y sigue sin haber apoyo político para los cuidados, tampoco recursos que posibiliten esos cuidados tan necesarios. Por tanto, ante la falta de recursos, una gran cantidad de mujeres hemos tenido que responsabilizarnos de esa carga social, a pesar de las dificultades.

Volvamos, pues, nosotras mismas también a las raíces, luchemos por poner los cuidados en el centro de la vida. Luchemos para que se valore el cuidado colectivo que proporcionamos los y las profesores/as, y para que los colectivos más vulnerables puedan contar con nuestro apoyo cuando así lo necesiten. ¡Luchemos para que se reconozcan políticamente los momentos para el cuidado, y para que se implementen, de una vez por todas, las políticas activas que sean necesarias para amparar los aspectos económicos y sociales de los cuidados! Es un reto importante; pero si algo nos ha enseñado esta pandemia, es lo importante que es poner la vida en el centro.